

Sarabia es una ciudad silenciosa del norte de España. Recorren sus calles los vientos helados de Europa. Habitan sus casas las gentes experimentadas de la ruda montaña. Acostumbradas a las inclemencias. A la vida dura. A la lucha cuerpo a cuerpo contra la vehemencia de la naturaleza.

Por ello se enrocan en el centro las estrechas calles adoquinadas con la misma piedra que cubre los muros de la vieja iglesia, como sinuosos lazos que cayesen desde el campanario hasta la base de la colina.

Pero Sarabia no se limita a la parte alta. Ha crecido de manera ordenada hasta convertirse en la ciudad más desarrollada de la comarca. El parque de los cipreses rodea la colina hasta el límite mismo de la ciudad nueva, formando una corona que delimita perfectamente las dos zonas. Luego comienzan las anchas avenidas que dibujan barrios espaciosos de estructura

parecida: varias manzanas de bloques de viviendas geométricamente dispuestas alrededor de una plaza rectangular ajardinada. Según el barrio, la plaza puede albergar asimismo un casal, un centro cultural o un polideportivo, con lo cual la vida del barrio gira en torno a la plaza, donde transcurre la mayor parte del tiempo de ocio. Allí se reúnen los jóvenes, juegan los niños y pasean los mayores mientras los ancianos descansan en los bancos o en la terraza de alguna cafetería. Cabe recordar además que ninguna ciudad española tiene tantas zonas verdes como Sarabia. La lluvia y una buena tropa de jardineros han conseguido engalanar los parques de árboles, canales y senderos por donde uno puede descubrir maravillosas especies de plantas y flores. Obra de esmerado paisajismo. Sólo cabe añadir, para dar una idea de la prosperidad del lugar, que la flamante ciudad deportiva se terminó de construir hace tres años. Precisamente cuando arranca la historia que vamos a contar.

Eran las siete de la mañana cuando se oyeron voces en la habitación del padre de Edna. Hacía tiempo que la chica no usaba despertador. Sabía la hora por el reloj biológico de su padre, militar de carrera acostumbrado a la puntualidad. Así que no le quedó más remedio que levantarse de la cama para no llegar tarde al colegio. Lo único que sentía era no poder disfrutar de la prórroga de sueño que se concede todo el mundo antes de incorporarse. Para ella empezaba entonces la contrarreloj.

Rápidamente se dirigió a la habitación del fondo del pasillo. Dio los buenos días con la voz algo quebrada, abrió las persianas, desplazó la silla de ruedas hasta el borde de la cama y ayudó a su padre a sentarse en ella, con cuidado de no hacerle daño al colocarle las prótesis en ambas piernas. Luego desplazó la silla hasta la mesa de la cocina donde padre e hija tomaban el desayuno.

Como todas las mañanas, Edna hizo una mueca de disgusto cuando se le quemó la leche. Siempre le pasaba lo mismo: accionaba la cafetera, ponía la leche en una pequeña olla y preparaba todo lo demás. Se concentraba en las tostadas del padre, con la cantidad justa de mantequilla y miel; le daba el cuchillo, la fruta... Demasiado tarde. La leche ya hervía. Como además el café recién hecho humeaba en las dos tazas, la mezcla quemaba. Pero el padre nunca se quejaba. Esperaba pacientemente a que el brebaje se enfriase un poquito mientras hablaba con su hija. Ella, en cambio, no podía esperar. Se lo tenía que beber tal cual si no quería llegar tarde. Comentaban juntos las pequeñas anécdotas de la vida cotidiana mientras Edna recogía las cosas. Por último llevaba a su padre al salón donde pasaba la mayor parte del día.

Sin perder un minuto se metía debajo de la regadera. Aquí sucedía el efecto contrario: el agua tardaba tanto en calentarse que tenía que conformarse con una ducha tibia. Se secaba el pelo, se vestía con lo primero que pillaba y preparaba la mochila. Ya lista, se acercaba sigilosamente al cuarto de David. Su hermano pequeño empezaba apenas a desperezarse cuando ella entraba. Le encantaba despertarlo con mimos. Le pasaba la mano por el pelo hirsuto y le pellizcaba cariñosamente los mofletes. Luego le daba un beso en

la frente mientras le canturreaba una canción. David tenía síndrome de Down. La preciosa sonrisa que le entregaba a su hermana mayor nada más despertarse compensaba todas las dificultades de la vida. Edna le daba siempre algunas recomendaciones antes de despedirse. El chico sabía muy bien que tenía que ser responsable en el jardín municipal, no fumar y ocuparse bien de papá al volver del trabajo.

Por fin salió Edna disparada escaleras abajo. Le encantaba el trayecto hasta el colegio. En un cuarto de hora podía llegar sin problemas. Cruzaba la plaza, algunas calles y el parque San Abel antes de pasar el umbral del establecimiento. Solía llegar algo después de las ocho la mayoría de las veces, pero no le decían nada. Conocían su situación familiar. Como de costumbre, entró en el aula discretamente, sonrió al profesor y se fue a sentar al lado de Marta, su mejor amiga.



Se compenetraban a la perfección. Llevaban toda la vida juntas en El Pilar, donde habían recorrido todas las etapas educativas hasta llegar al bachillerato. Siempre en la misma clase. Y salvo raras excepciones, siempre en la misma mesa. De hecho, casi se habían convertido en hermanas. Teniendo en cuenta que Marta era hija única, que vivían en la misma manzana, a dos pasos del colegio, y que sus familias se conocían mucho antes de que nacieran, no resultaba difícil mantener la llama de la amistad.

Edna necesitó unos minutos para respirar un poco, abrir el libro de Ciencias de la Tierra, sacar el cuaderno y empezar a tomar apuntes. No podía permitirse el lujo de pensar en las musarañas si quería lograr el propósito de entrar en Medicina. Ya se sabe que se requieren notas muy altas para cursar esta carrera. Le asustaba mucho el nueve de promedio que tenía que

conseguir si quería cumplir su sueño: estudiar en Madrid. Pero suponía al mismo tiempo un acicate para no dormirse, un objetivo mediante el cual dar a su vida el sentido que siempre había anhelado: vivir para los demás. En cuanto a su padre, él mismo la había tranquilizado, luego de interminables horas de conversación. Le había asegurado que el ejército le daría una beca de estudios en la capital si la nota lo merecía y, por supuesto, una persona en casa para ayudarlo durante el curso universitario. Edna se estremecía de emoción cada vez que pensaba en la cara de David cuando le dijera que tendría que ausentarse unos meses cada año, pero se consolaba pensando que tal vez su especialidad le permitiría ayudar algún día con más fundamento a las personas como su hermano. Edna seguía convencida de que la sociedad todavía no ofrece todos los recursos humanos y técnicos posibles a los enfermos como David.

Edna se encontraba ensimismada en tales pensamientos cuando una sonora carcajada la hizo aterrizar de nuevo en la realidad. Ella tampoco pudo reprimir la risa cuando su mirada se topó con la escena más curiosa que había presenciado en clase. En la fila de en medio se podía ver a Tomás sosteniendo un paraguas abierto como para protegerse de la lluvia, el rostro completamente azorado al sentirse observado por



toda la clase. El profesor, que escribía una frase en la pizarra, se acababa de girar y no daba crédito a lo que veían sus ojos. Su mirada interrogante hizo aumentar la hilaridad general casi tanto como la turbación del chico. Como Tomás solía mostrar mucho respeto con los profesores, no le dio mayor importancia, así que se volvió a girar, no sin antes haber examinado de nuevo el paraguas abierto.

Cuando Edna le pidió explicaciones a Marta, su amiga le contó lo sucedido. Todo había sido idea de Dani. Para comprender su artimaña, es necesario recordar que los alumnos se sientan en mesas de dos, dispuestas en tres filas, con dos anchos pasillos entre ellas. Dani se sienta en la fila de la ventana, la de la mesa del profesor, junto al pasillo. Su amigo Óscar se sienta en la fila de la puerta. Ni que decir tiene que el bueno de Tomás se sienta en la hilera del medio. Pues bien, en plena clase de Ciencias de la Tierra, no se le ocurre nada mejor a Dani que pedirle sigilosamente a Tomás que sea tan amable de pasarle el paraguas a Óscar, pero con la triquiñuela de que le entrega el artilugio con el mecanismo de apertura accionado, únicamente bloqueado por su mano. Claro, cuando Tomás lo toma por el mango, Dani lo suelta y el paraguas desbloqueado se abre sin demora, con estrépito e inconmensurable sorpresa de Tomás, sus compañeros

y hasta del mismo profesor. Algunos todavía se reían a carcajadas a la hora del patio, incluido Tomás que no era nada susceptible.

Al despedirse de Marta, a dos pasos de su casa, Edna se quedó pensativa. Pero no tenía tiempo que perder. Se apresuró a subir las escaleras por disciplina personal. Había decidido no tomar el ascensor para quemar calorías después de pasar la mañana sentada. Como no hacía demasiado deporte, se había propuesto caminar siempre que pudiese, hacer alguna excursión al monte y evitar escaleras mecánicas y ascensores. Teniendo en cuenta que vivía en la quinta planta, al final del día suponía un esfuerzo nada desdeñable. Curiosamente advirtió movimiento mientras subía: un par de trabajadores transportando algún que otro objeto que no cabía en el ascensor. Al llegar a su rellano, vio la puerta de enfrente entreabierta. Se detuvo un instante, lo justo para poder encontrar las llaves en su mochila, y entró en su casa. El piso estaba bien aireado. No pudo reprimir una sonrisa de